

CAPITULO XLVII.

Carácter de Díaz.

Si Porfirio Díaz hubiera tenido la ambición de las riquezas, podría ser hoy uno de los hombres más acaudalados del mundo; pues el inmenso desarrollo que ha tenido lugar en México durante su administración, agregado á la elevada posición social y política que ha ocupado, le han dado numerosas oportunidades para hacerse honestamente—en cuanto la honestidad pueda acompañar á la acumulación de vastas riquezas—de propiedades en todas partes del país, que lo hubieran colocado entre los más ricos terratenientes de la República. Y si tal hubiera sido el caso, no hubiera hecho sino lo que hacen la mayor parte de los presidentes latino-americanos. Pero ni aún en el primer período de su administración, cuando su permanencia en el poder hubiera podido parecer incierta, y cuando se podía considerar como una medida de previsión el preparar elementos suficientes para los malos tiempos que en ese entonces, era casi seguro llegaban, tarde que temprano á los presidentes de México; ni aún entonces, decimos, se preocupó en acumular riquezas. Estaba demasiado preocupado con la gigantesca tarea que tenía entre manos; y patriota de corazón, deliberadamente determinó dedicar todas sus energías á la restauración del orden, al mantenimiento de la paz, el desarrollo de los vastos recursos naturales del país, la educación del pueblo y el mejoramiento de las condiciones de las clases bajas. Nunca, que se sepa, se ha ocupado en buscar medios para acumular riquezas. Y no se infiera de ésto que pudiera ser pródigo; pues es uno de los administradores más cuidadosos que han ocupado la silla presidencial en México. Su vida privada es tan sencilla como lo permite su elevada posición, y simpatiza poco con ceremonias y

ostentaciones dispendiosas. Prefiere su modesta, aunque hermosa casa de la calle de Cadena, en el centro de la capital, al majestuoso castillo de Chapultepec, con su espléndida vista del valle de México.

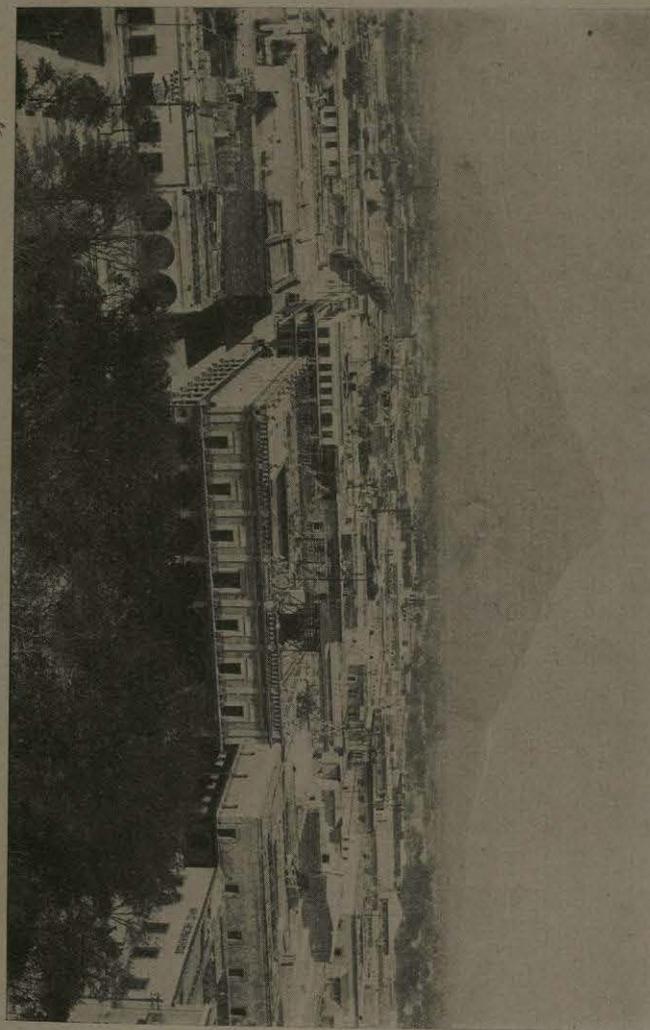
El General Díaz es hombre de gustos sencillos, y encuentra su principal placer en el trabajo metódico. Aunque es ya un anciano, por lo que á años refiere, todavía encuentra placer en sus paseos matutinos á caballo por el valle de México, gozando del aire vigorizador del campo; y una vez al año toma cierto número de días de vacaciones para hacer una excursión de cacería, que le proporciona inmenso placer. Durante esta excursión se puede juzgar cuán grande es su actividad, actividad verdaderamente increíble en un hombre de sus años. Siempre ha sido de espléndido físico y de naturaleza de hierro, y durante muchos años de su vida, tuvo oportunidad de acostumbrarse á toda clase de privaciones y trabajos; y desde que se retiró de esa vida de esfuerzos, treinta años ha, siempre le ha gustado tomar ejercicio al aire libre, recogerse temprano y levantarse con el sol, y ha procurado sistematizar su vida, tanto como se lo han permitido los numerosos y apremiantes deberes de su alto cargo.

El General Díaz es hombre de inteligencia activa y observadora. Yo he estado presente, en mi calidad de periodista, en muchas ocasiones en que él ha sido el principal punto de atracción con motivo de la inauguración de algún trabajo ó la iniciación de alguna empresa de importancia; y he visto invariablemente cómo se manifiesta de ansioso el Presidente por comprender á fondo la extensión y objeto de la obra, cuando ésta está por ejecutarse, ó de los detalles de su construcción cuando está terminada. Y en muchas ocasiones muestra su admirable conocimiento del mismo asunto sobre el cual pide se le informe; y nunca, por ningún motivo, duda en manifestar su ignorancia de algunos detalles cuando desea ilustrar más su conocimiento sobre la materia. Es él, indudablemente, uno de los hombres más rectos y sin-

ceros que he conocido en los países latino-americanos. E igual cosa puede decirse de sus ministros, á quienes ha escogido por su habilidad para el trabajo y su competencia para decidir con prontitud las cuestiones que les toca resolver. Ellos, individual y colectivamente, gustosos asumen la responsabilidad de sus hechos cuando la ocasión lo requiere. Cualidad que para un americano ó inglés, es digna de apreciarse, especialmente en una tierra donde la gente goza de la fama de ser muy amante de la diplomacia y que encuentra más fácil diferir indefinidamente una resolución, que decir nó de una vez.

Y no queremos decir con esto que el General Díaz no aprecie la diplomacia en lo que vale; pero aprecia la diplomacia oportuna; y siempre que hay aparentemente alguna ventaja en usar de sus medios, sabe seguirlos con parsimonia; en efecto, pocos hombres han manifestado más verdadera diplomacia que el Presidente, en el manejo de los muchos problemas políticos y sociales que ha tenido que resolver en su larga administración de treinta años. Su poder de paciencia infinita, su buena voluntad para tomar siempre en consideración el pró y el contra en todas las circunstancias de la vida que se presenten, su deseo constante de aplacar los ánimos hasta donde es posible, su poder casi profético para juzgar de las acciones y del carácter de los hombres, han dado á Porfirio Díaz un dominio sobre sí mismo y una autoridad sobre sus conciudadanos, como ningún otro gobernante del pueblo mexicano ha poseído.

Durante el período de semi-anarquía que precedió á la fecha en que el General Díaz asumió la presidencia de la República en 1876, era raro que un presidente se sostuviera en el poder por un lapso de tiempo regular. El puesto de presidente era tan inseguro, y estaba rodeado de tantas facciones é intereses en continua colisión, que el que lo ocupaba, se veía obligado á conceder multitud de gracias y favores que ningún gobierno fuerte hubiera pensado en otorgar. Con semejante sistema, infinidad de abusos



VISTA PANORÁMICA DE MONTERREY, N. L.

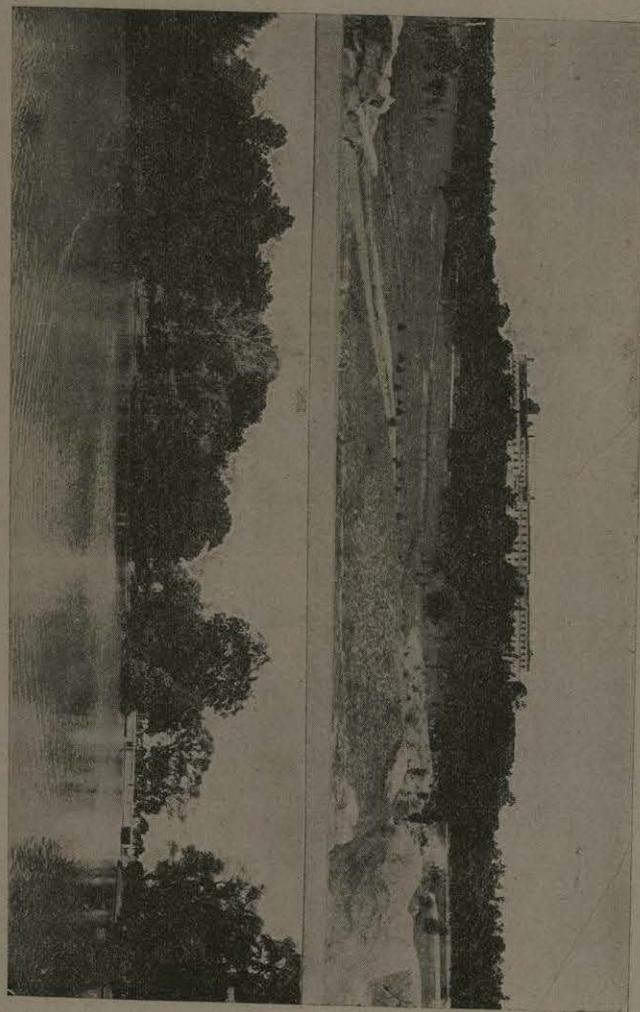
se cometían en la administración pública. Todo el que era partidario del presidente se creía con derecho á ciertas concesiones y granjerías para sí, su familia, sus parientes inmediatos y sus amigos. Eran los tiempos de empleomanía. En todos los ramos de la administración pública reinaba la más completa corrupción, y los centenares de empleados útiles que había en las oficinas del gobierno, en la legislatura y en la administración de los varios Estados, agotaban el tesoro público y contribuían materialmente á la mala administración del mismo gobierno.

Manuel Payno, uno de los literatos más distinguidos de México, fué comisionado en 1867 para estudiar las condiciones financieras del imperio de Maximiliano, é informa que habían 104,000 solicitudes de empleo en los diferentes departamentos del gobierno del imperio. Quería él publicar la lista, pero Sebastián Lerdo de Tejada que poco después, en 1872, ascendió á la presidencia, se opuso diciendo: "Si publica Vd. esta lista, nos quedaremos sin partido liberal."

Era Sebastián Lerdo de Tejada hombre de gran talento, y mucho se esperaba de él cuando fué electo Presidente de la República en 1872; pero siguió los mismos pasos que habían causado la ruina de las esperanzas de sus predecesores. Tenía grandes ambiciones y deseaba figurar en lugar distinguido en la historia de los presidentes de su país. Era un innovador, y sus ideas eran progresistas y benéficas para el pueblo; pero le faltaban esas cualidades que hacen de los hombres los grandes caudillos. Tenía ilimitada confianza en sí mismo y en su habilidad para gobernar el país y llevar á cabo los atrevidos planes de reforma que había concebido, y por esta causa se sentía poco inclinado, en muchas ocasiones, á confiar sus proyectos á aquellos que, por su talento é influencia, podían haberle proporcionado buen consejo y poderoso auxilio. Y por esta razón perdió las simpatías de sus ministros, de sus consejeros y de su partido en general. Mostró su debilidad al ver

con indiferencia la voluntad del pueblo aún en asuntos de elecciones, y en convertir en antagónicos, intereses que fácilmente los hubiera tenido de su lado. En otras palabras, no tenía suficiente amplitud de criterio para hacerse cargo y pulsar debidamente la situación. En realidad, poca diferencia había en los principios políticos de las facciones de Díaz y de Lerdo. Ambas eran esencialmente democráticas y ambas deseaban la prosperidad del país de acuerdo con las ideas republicanas. Pero Lerdo, desde el momento en que asumió la presidencia, se mostró extremadamente antagónico al partido de Díaz; cuando Díaz, hombre prudente, enemigo de luchas de partido y suficientemente sensato para esperar llegara su turno en la dirección de los asuntos nacionales, pudo haber sido fácilmente ganado por Lerdo, siempre que éste le hubiera extendido una mano amiga, le hubiera otorgado su confianza y lo hubiera invitado á formar parte de su gabinete. Si hubiera tenido Lerdo suficiente amplitud de criterio para seguir esa conducta, la era moderna de México se hubiera iniciado algunos años antes y bajo más favorables auspicios. Pero prefirió oponerse al partido de Díaz, falsear el resultado de las elecciones y mantenerse en el poder violando la Constitución que prohibía la reelección del presidente. Se rodeó de multitud de empleados que no servían más que para vaciar las arcas nacionales y disputarse entre sí las mejores presas; disputas que creaban celos mutuos y debilitaban el partido lerdista.

Cuando Lerdo asumió la presidencia, el país en general tenía las mayores esperanzas en su habilidad como gobernante y tenía entera confianza de que sabría sostener las garantías constitucionales. En efecto, á raíz de la muerte de Juárez, era Lerdo uno de los presidentes más populares que había tenido México; pero desgraciadamente no respondió á las ilusiones y grandezas que su partido y su país habían esperado de su administración: se mostró desconfiado y de estrecho criterio, se puso en oposi-



VISTAS EN EL PARQUE DE CHAPULTEPEC.

ción con todos los partidos y facciones que no fueran el suyo, y ambicioso de continuar en la presidencia por un segundo período, falseó el resultado de las elecciones, creyendo demostrar por este medio que Díaz había perdido su popularidad. En su arrogancia, intentó plegar por la fuerza á su voluntad, la de todos los individuos, facciones y partidos que no estaban de acuerdo con su gobierno ni con su política. De este modo pronto se hizo de numerosos enemigos, entre los cuales descollaban el Vicepresidente Iglesias, magistrado de la Corte Suprema, y Porfirio Díaz, jefe de los constitucionales; y he aquí en poco tiempo al hombre cuya habilidad había hecho concebir tan grandes esperanzas para restaurar en México el reinado del orden y la ley en el interior y la confianza en el exterior, luchando desesperadamente contra una oposición formidable, sin otro fin que el de sostener la existencia de su gobierno.

Gran contraste hace con su arrogancia, excesiva confianza en sí mismo y su falta de tacto y habilidad como organizador, la carrera de Porfirio Díaz como Presidente de México.

Debido á la circunstancia de que una fuerte facción postulaba al Vicepresidente Iglesias para la presidencia constitucional de la República, otra facción defendía á Lerdo y una tercera abogaba por Díaz, la tarea de este último fué bastante difícil; dificultad que se aumentaba por el hecho de que las montañas se encontraban infestadas de guerrilleros medio políticos y medio bandidos, que proclamaban un día al jefe de un partido, al día siguiente al otro y después á un tercero, según les parecía conveniente á sus intereses particulares.